

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

Antonio Cárdenas Tabies

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

Antonio Cárdenas Tabies

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los Talleres
Gráficos Corporación Li-
mitada, A. Ovalle 748.
Santiago de Chile, 1977.

¿Quién Soy?

La isla de Chiloé limita al norte con el canal de Chacao, que lo separa de Llanquihue; al sur con la provincia de Aysén; al este con la frontera argentina, y al oeste con el océano Pacífico.

Está formada por una parte continental y otra insular compuesta de una infinidad de grandes y pequeñas islas. Fue descubierta el 8 de noviembre de 1553 por el capitán español Francisco de Ulloa. En 1826 fue incorporada al territorio nacional.

Su verdadero nombre es "Chilhué" (el que deriva de "Chille", gaviota, y "hue", lugar poblado de gaviotas).

Es la provincia del viento y de la lluvia; en ella nacen, viven y mueren los chilotos, un pueblo viril que sobrevive en medio de una naturaleza bravía en cien actividades diferentes: pescador, lobero, cholguero, alercero, leñador, gualatero, corralero, tejuelero, lamillero, guaitequero en las islas Guaitecas, ganadero en Magallanes y minero en Río Turbio. En sus canales, en sus islas y bosques impenetrables viven los mitos, las leyendas y los brujos que con el misterio de sus luces y

sus sombras se deslizan junto al aroma penetrante de los olmos y de los coigües.

Es una isla con una atmósfera sonora. Allí las cosas no sólo poseen formas, tamaño, color, sino que parecieran estar dotadas de enigmas y de cierta musicalidad.

El canto del viento y el compás de los remos y de las tarabillas de los molinos embrujan a las personas y las pierden en sus laberintos del mar y de la tierra. La configuración de sus islotes y sus árboles, las ondulaciones de sus costas y la manera como están distribuidas, semejan figuras de dioses o de animales prehistóricos gigantes, como si estuvieran allí, encantados en un mundo de leyendas y poesía.

Huildad, viene de Huilal, que significa red en forma de saco o de bolsa; estero distrito de la Comuna de Quellón, departamento de Castro en la parte sur de la Isla Grande, poblado de casas de alerce con miradores frente al mar, separadas por potreros verdes y caminos bordeados de flores; sus aguas mansas y transparentes bullen de peces que juegan en tanto las gaviotas chilotas los observan. En la tierra cantan los arroyos melodías de luces y de sombras.

Allí, en este mundo mágico, cuando se celebraba San Antonio con derretimientos de chanchos, sopaipillas, chicharrones que chisporroteaban en los calderos fritangueros, milcaos que salían del horno o del fogón y la chicha de manzana camuesa era bebida por los parroquianos del lugar en medio de aros de cuecas chilotas; en este mundo fabuloso que proporciona un ambiente de épocas legendarias, en una tierra que habitan hombres "mudados", "alumbrados" o "encaleuchados", donde la bruma está tejida de leyendas, vine

al mundo el 13 de junio de 1927, hijo de María Ana Tabies Díaz y de Leonardo Cárdenas Cadín.

Era el segundo de seis hermanos, de los cuales cinco aún vivimos, y el otro, Alfonso, sueña eternamente en el cementerio de Dalcahue.

Al decir de mi madre, yo era un niño enfermizo y hubo que hacer varias promesas a los santos patronos de las capillas de la Isla para que pudiera vivir. Debí haber bebido repugnantes cucharadas de aceite de lobo para el estómago y recibido baños de agua bendita para ahuyentar a los brujos.

Algo contaba a mi favor: el haber nacido de pie, ya que ello traía un poco de suerte. A medida que crecía marcaban mi altura con rayas en la pared. Según los isleños al que lo miden no crece mucho, de ahí que sólo haya alcanzado al 1,65 mts. de estatura.

Parte de mi niñez tal vez debí pasarla durmiendo en una cuna y el resto viajando de "cheque", esto es, atado con un rebozo a la espalda de mi madre mientras ella trabajaba en la tierra o mariscaba. A los dos años recién me bajarían a la tierra para dar pasos con mis propios pies.

Mi madre había nacido cerca de Castro, en Quehue, una isla distante unos cien kms. de donde vivíamos. Llegó a mi pueblo a los 12 años, época en que quedó huérfana y tuvo que criar a tres hermanos menores. A los treinta años casó con mi padre, cuyos progenitores habían nacido en Rilán desde cuyo árbol genealógico se esparció la semilla Cárdenas por todo Chiloé. Mis mayores eran gente pobre, campesinos que no tenían otros recursos que algunas hectáreas de tierra, una yunta de bueyes, un caballo flaco,

una media docena de ovejas y un viejo rancho de tejuelas de alerce que papá heredara de sus antepasados.

Mi madre trabajaba en la agricultura con mi hermana mayor, mientras mi padre viajaba a las Guaitecas embarcado en una chalupa o cortaba madera en las montañas. Eran tiempos malos, se ganaba poco y el progreso lento.

Allí, en ese mundo rudo y fantástico, fui creciendo. Lo primero que aprendí fueron los cuentos populares que escuchaba de labios de mi madre cuando les narraba a otras personas y más tarde a nosotros.

No cabe duda que era una buena narradora. El que sabía cuentos terminaba contratado por los vecinos para contar historias en las noches; en eso me entretenía cuando llegaba el silencio. Era la costumbre en este lugar. Los relatos los aprendía fácilmente y de la noche a la mañana me convertí también en narrador de cuentos.

En esta época me pedían prestado para acompañar a las jovencitas a la Iglesia o a los almacenes que existían en Huildad abajo, distante unos 2 kms. de nuestras viviendas. Fue mi primer trabajo, ese de "bote terrestre", un cargo de responsabilidad ya que debía cuidar a mi compañera para que nadie se le acercara, y si esto sucedía, estaba obligado a dar cuenta de inmediato a su padre. Rara vez se acercaban los mozuelos, porque el conversar con la niña significaba que a ésta le darían una paliza, y si el "bote" no daba cuenta, también era castigado y nunca más podría serlo. Creo que de "bote" gané más plata que en cualquier otra actividad. Sin duda en estas costumbres los españoles habían dejado sus normas tradicionales.

Tenía siete años cuando abandoné el oficio de "botero" o cuidador de mujeres solteras, y me matricularon en la Escuela Mixta N° 111 de la localidad.

No se alentaban muchas esperanzas de que yo aprendiera a leer y a escribir. Mi padre había aprendido a firmar en el regimiento cuando hizo el Servicio Militar, y mi madre nunca fue a la escuela.

Mi profesor se llamaba Francisco Güichapani, normalista egresado de la Escuela Normal de Valdivia; era muy serio y recto, jamás lo vi reír. Lo tuve de profesor los primeros años, y después lo fueron Marta González y Lautaro Vera Andrade, a quienes recordé más tarde en un libro de poemas para niños escrito hace algunos años.

El primer día de clases fui descalzo; nadie usaba zapatos porque eran caros y sólo los usaban los hijos de los ricos dueños de los aserraderos. Recuerdo que mi madre tiñó una sabanilla blanca y me hizo un traje; sentíame muy feliz; poco atendía al profesor por mirar embelesado mi terno. Permanecí dos semanas sin que nadie me tomara en cuenta. Eso sí, me habían dado un silabario "Matte": entonces el mayor tesoro de mi vida. Mi padre un día fue a preguntarle al profesor cómo iba yo. El maestro le contestó: "Este alumno no hace ni una raya". Yo estaba realmente desconcertado porque creía que leer y escribir era tan difícil que sólo podían hacerlo los dioses. No recuerdo cuándo tomé una Biblia y, sin darme cuenta, me encontré leyendo; tuve la ocurrencia de leer delante de mis padres.

Mejor no lo hubiera hecho: me retaron y me quitaron el libro.

Mi padre se quejó: "Este niño nunca va a aprender porque está leyendo de memoria". Mi madre le sugirió que capturara un pilque, pajarillo de color café, y le sacara una pluma de su larga cola; ésta era la famosa "Cola de memoria", y quien tenía una, aprendía a leer de inmediato. Pero esto resultaba difícil por la escasez de estos pájaros. Si alguien tenía una pluma no la prestaba, porque si lo hacía se olvidaba de todo. Una mañana mi padre me tomó de una oreja y me llevó donde un señor Triviño, que tenía una Biblia gorda, la que siempre admiré y que no pude comprar por falta de dinero. Leí un capítulo en el libro de San Mateo sobre el juicio final.

Al parecer lo hice bien, porque el señor Triviño me felicitó.

Mi padre quedó mudo. Salimos y nos encaminamos a mi casa. Recuerdo que esa tarde me dieron una tortilla grande y una taza de chicha de cauchahues (fruto de luma). Al día siguiente, cuando fui a la escuela, el profesor me hizo leer y al escucharme quedó desconcertado. Dijo: "No puede ser, no es posible. ¡Esto es un milagro!" Realmente no era un milagro.

A un amigo mío le había pedido que, a cambio de manzanas, a escondidas de mis padres, en las tardes, me enseñara a leer, y así logré vencer el primer obstáculo. Pero esto me trajo una serie de problemas, ya que todos los días era invitado a las casas vecinas a leer; no porque les interesara el contenido de la lectura, sino por la rapidez con que yo leía. Desde entonces empecé a devorar libros, diarios, revistas y cuanto impreso caía en mis manos. Creo que no he cambiado mucho en este aspecto; siempre que puedo, robo un poco de tiempo a mi jornada para leer e incluso escribir.

Cada tarde, cuando se ocultaba el sol detrás de la montaña y las sombras empezaban a cubrir el estero de Huildad, nos encerrábamos en la casa con mis hermanos para huir de los diablos y espíritus que en ese instante despertaban de sus sueños y empezaban a poblar la comarca. En el anochecer el caserío se cubría de sombras que lo envolvían en un silencio sepulcral, con árboles que parecían andar y bañarse inquietos bajo la luz argentada de la luna.

A esa hora mamá preparaba la comida y papá fumaba cigarrillos.

Durante el día debíamos portarnos bien para tener derecho a que mamá nos contara algunos cuentos que a nosotros nos parecían extraordinarios. Era nuestra única entretenición: no conocíamos la radio, el cine, la luz eléctrica ni la bicicleta. Eramos pequeños adultos que íbamos incorporándonos a todas las costumbres a medida que crecíamos. Pasábamos parte de la noche en la cocina, cuyo piso era de tablas sin elaborar y nos sentábamos al lado del fogón en una banqueta tapizada con cueros de ovejas, esperando a que mamá comenzara sus relatos.

Ella nos contaba historias del Caleuche, del Cuchivilu, de la Ciudad de los Césares, del Caballo Marino, del Millalobo, del Invunche, de los Brujos Voladores, del Camahueto, del Trauco, de las ánimas de Cucao... Los conocía a todos como si fueran reales. Decía que los había visto. Mientras contaba estas cosas, papá dormitaba en un viejo sillón de alerce reponiendo el desgaste de un día de trabajo.

Y así sucesivamente, noche tras noche, de los labios de mi madre manaban estas insólitas experiencias que rebrotaban y crecían lujuriosas en el légamo de

nuestra fantasía, dejando en nosotros semillas de misterio y de enseñanza tácita. ¿Cómo olvidar al Lluhay, aquel culebrón de plata que se come las flores de los papeles para enriquecer a unos y empobrecer a otros? ¿A la fascinante Pincoya con su cabellera de oro? ¿La campana sumergida con sus trémulos tañidos?

Toda esta fantasía fue agudizando mi imaginación que más tarde volcaría en mis libros. La noche sorprendía siempre a mi madre trabajando: hilaba, tejía y teñía sus hilos con tintas naturales preparadas de barro y de yerbas silvestres, e incluso le quedaba tiempo para hacer algunos remedios caseros, pues en mi pueblo no había médicos ni practicantes. Ella conocía por tradición oral todas las plantas medicinales y la práctica de sus antepasados le indicaba lo que tenía que hacer.

Mi madre también rezaba y cantaba en los velorios; yo era su ayudante. Así me daban una ración extraordinaria de pan y carne, igual que a todos los rezadores, y tenía para comer con mis compañeros de curso el día siguiente en la escuela. Cuando cursaba cuarta preparatoria era el mejor rezador de la isla, al decir de los isleños.

Un mes antes de viajar a estudiar a Ancud, mediante una beca, viví mi primera experiencia mágica y uno de los misterios de mi isla.

Tenía doce años, cuando una mañana bajé a mariscar con mi hermana Blanca, que frisaba los 18 años, al lugar denominado "La Punta".

Se llamaba así este lugar por un cerro que se internaba en el mar unos cien metros. Era época de primavera, la temporada de la maduración del sol y de

los mayores bajamares en Chiloé. Mientras mi hermana se quedó a la orilla del mar mariscando, yo me interné tras un pez, como de dos metros de largo, delgado y de varios colores, a lunares y a triángulos. Nunca había visto un pez tan hermoso. Era redondo, de aletas y cabeza pequeñas y alumbraba el mar con sus colores.

Yo quise atraparlo. Cuando ya el agua bordeaba mi cintura, vi que se levantaba delante de mí una gigantesca ancla de unos tres metros de largo por un metro y medio de alto; una parte estaba enterrada en la arena. De ella pendía una enorme cadena con cada eslabón del tamaño de un escobén de barco. Tuve miedo y quise retroceder pero no pude, el ancla me tiraba hacia adentro. Entonces grité y mi hermana a duras penas pudo rescatarme cuando ya el agua me llegaba al cuello. El canal, en esa parte, debe tener 1 km. de ancho, y es de poca profundidad; hasta ahí no llegan barcos.

Cuando volvimos a casa conté lo que me había ocurrido; entonces mi padre me dijo: "Yo nunca creí que fueran a mariscar allá, pues a ese lugar no se acerca nadie, es el fondeadero del Caleuche. En las noches se le ve siempre iluminado y aparecen muchas visiones de luces y gente extraña que sale a tierra. Mientras vivan, no vayan a esa playa".

Años después visité el lugar en que vi el ancla. No estaba, sólo había arena y nada más que arena.

Después de esta experiencia recibí la confirmación y mi primera comunión durante la fiesta de Santa Rosa, el 30 de agosto, ocasión en que también se celebraba la fiesta de Cabildos. Era la costumbre de que cada uno buscara sus padrinos: yo busqué los míos

y recibí los sacramentos. Aquí obtuve el primer premio que recuerdo. El obispo que vino desde Ancud nos leyó una cuarteta que teníamos que aprender al primer recitado todos los postulantes a cristianos, y el que lo dijera sin equivocarse recibiría una estampita de regalo. Los versos eran éstos:

"Mira que te mira Dios/ mira que te está mirando/
mira que te vas a morir/ y mira que no sabes cuándo."

En estas celebraciones conocí a muchos de los personajes que hoy figuran en algunos de mis libros de investigación folklórica. Poco a poco fueron naciendo a mi memoria, haciéndose carne de mi mundo interior, tejiendo día tras día sus rasgos más esenciales, exigiéndole a mi mente, a mi lengua y a mi ser su derecho a figurar, a enraizarse en el albo campo de las páginas de mis obras.

Debo también decir que trabajé como "chauto" ayudándole a mi madre y a mi padre en las mingas de levantadura de tierra que narro en mi libro "Tierra de Alerces". Hice también de boyerizo y de valijero de Huildad a Quellón para Carlos Urbina, quien estaba a cargo de la construcción del camino de Huildad a Castro.

Meses después, con mi cama envuelta en una arpillera y amarrada con cordeles de quilineja, un par de overoles de mezclilla y unos bototos nuevos, me embarqué en el vapor que hacía la carrera de Puerto Montt a Aysén, y que capitaneaba Luis Alcázar, el mejor capitán del sur, según mi opinión. Huildad es un puerto difícil para los marinos, por las múltiples vueltas de su garganta, sobre todo cuando hay temporales y cerrazón. Si el tiempo está así los lugareños

dicen: "¡Esta noche no entra ni el Caleuche!" Sin embargo, Lucho Alcázar estaba a la hora justa fondeado con su barco, en tanto que ni los fleteros podían atracar a bordo.

De Castro para viajar a Ancud tomé un trencito que demoró un día en recorrer unos 80 kms. Llegué a la Escuela Agrícola de Ancud una tarde de marzo. Allí permanecí tres años.

En las vacaciones viajaba a mi pueblo y desempeñaba los más diversos oficios: caminero, pescador, piloto de lancha, remero, gualatero, guaitequero, lamillero, ciprecero, quilinejero, tejedor de redes y pescador de sierras.

Cuando me recibí de Práctico Agrícola, teníamos una cuadra menos de tierra que habíamos vendido y no tuve otra alternativa que ingresar a la Escuela Normal de Ancud, más tarde a la de Valdivia y finalmente a la "José Abelardo Núñez", de Santiago, donde me titulé de profesor primario.

Volví a mi isla para trabajar en la Escuela N° 118 de Lemuy. En Castro conocí al Secretario de la Inspección Escolar (así se llamaban antes), de apellido Santana. Un día me insinuó que siguiera periodismo; le hice caso y me matriculé en un curso por correspondencia. Obtuve mi diploma y empecé a escribir artículos en cuanto diario o revista conocía, contando a Chiloé, con relatos de tipo fantástico. Los diarios llegaban cada ocho días, a veces demoraban hasta quince, todo dependía del tiempo para que arribaran los barcos. Mientras tanto, escribía mis primeros cuentos, que corregía e iba almacenando.

Por entonces me faltó el contacto literario; fueron algunos años perdidos sin publicar ningún libro.

En ese tiempo me habían impactado los relatos de Luis Durand.

En un viaje que hice a Santiago en tiempo de vacaciones, le traje uno de mis cuadernos.

El escritor comprendió que era un chilote con dedos de escribir, pero sin técnica alguna. Hojeó el cuaderno, lo depositó en un estante y me dijo: "Vuelva en unos ocho días más". A los ocho días estaba desde tempranas horas donde mi amigo Luis Durand. Me hizo pasar a la biblioteca, me alargó el cuaderno y me preguntó: "¿Qué quiere decir rendija?"

Yo le respondí: "Es una pequeña abertura, especie de ventanita por donde los chilotes observan a las personas que llegan o se van".

Me dijo: "¡Vaya, estos chilotes a uno le vienen a enseñar castellano!" Y luego prosiguió: "Sus cuentos debe pasarlos a máquina y corregirlos; yo creo que haremos un buen libro. Lo titularemos: 'Tierra de Alerces'".

Años después publiqué el libro con el título sugerido. No alcanzó a leerlo; ya había muerto. Su consejo jamás lo he olvidado y creo que debe servir para mucha gente que se inicia en la literatura. Recuerdo que también me dijo: "Usted debe prepararse, lea a los siguientes autores: Larra, Maupassant, Pérez Galdós, José María de Pereda, Jorge Isaac, Gabriel Miró, Ricardo Palma, Güiraldes, Chejov, Tolstoy, Dostoyewski, Rómulo Gallegos, Pío Baroja, Dickens, Cervantes, Zola, y entre los chilenos, lea a Eduardo Barrios. Además llévese un diccionario de la lengua española y otro de sinónimos. Después que lea todo esto, corrija, pase a máquina y me trae los cuentos. Y un último

consejo: lea siempre a aquellos autores que escriban un buen castellano". Me despedí del escritor y partí a la Librería Nascimento a comprar la lista de libros; felizmente los encontré, y con mi tesoro literario regresé a Chiloé. No cabe duda de que estos escritores influyeron en mi quehacer creador y narrativo. Trabajaba en ese tiempo en las islas Chauques, de preferencia en la isla Cola, en la Escuela N° 43 de Quinchao.

Aquí tuve tres experiencias: me casé, de cuya unión nacieron cinco hijos: dos hombres y tres mujeres. Las otras dos son las que voy a contarles a continuación: un pariente mío vio subir tres veces una llama blanca en un pequeño islote desértico cerca de la isla Cola cuando echaba la red en el mar junto a otros pescadores. Viajó de inmediato al lugar y allí descubrió la tierra llena de agujeros como cráteres minúsculos. Clavó una estaca y a la noche siguiente, habiéndome convencido a mí y a dos amigos más para que lo acompañáramos, a las doce de la noche en punto estuvimos en el islote con algunas herramientas para cavar, como picotas, palas y un chuzo. Cuando ya habíamos cavado medio metro, el chuzo rebotó en una piedra, de la cual salieron chispas. Entonces mi hermano dijo: ¡"Dame el entierro, Diablo"! En ese instante, como por arte de magia, aparecieron caballos que corrían por el lugar haciendo temblar la tierra, pero nosotros no los veíamos. La islita parecía sacudirse. Atemorizados, abandonamos rápidamente el lugar y corrimos hacia el bote que nos esperaba. Y nos hicimos a la mar para volver a nuestras casas. Todas las herramientas quedaron allí botadas. Nunca más volvimos por ellas. Antes habíamos explorado bien el terreno y no encontramos rastros de ser viviente alguno. El islote era muy pequeño, no tendría más allá de cien mts. de largo por unos ochenta mts. de ancho. A este fenómeno que presencié personalmente no he podido darle explica-

ción y me produjo tal impacto que continuó investigando las causas que lo producen.

Un día de septiembre, fui de Isla Cola a Mechuque con Juan Carimoney, dueño de la pensión donde vivía, y otros tres isleños a comprar víveres para el mes. Regresamos ya entrada la noche. Al enfilar a Isla Cola (Chauques) empezamos a hablar sobre el Caleuche y a contar chistes.

Carimoney nos dijo: "No hablemos mejor, puede venir una neblina y adiós Chauques. Ellos nos escuchan".

En eso estábamos cuando vimos que por el lado de babor venía una lancha de color plumizo a toda máquina, junto a una neblina que avanzaba cubriendo la zona; nos quedamos paralizados. La lancha pasó a escasos metros de nosotros, no vimos marino alguno en su bordo, no hacía ruido de motor y navegaba silenciosa sobre el nivel del mar. Dio una vuelta y nos tapó la neblina dejándonos en completa oscuridad. Eran las nueve de la noche. ¿Qué hacer entonces? Carimoney tomó el timón (era un experimentado piloto de lanchas que hacía viajes a Puerto Montt) y empezamos a remar rumbo fijo a la casa de Carimoney, que estaba a escasas cuerdas de nosotros cuando oscureció. Remamos toda la noche y como no llegábamos a ninguna parte, creíamos que nos encontrábamos en el golfo; había una calma absoluta. Al amanecer estábamos en el mismo lugar en que vimos pasar la embarcación, no habíamos avanzado ni un metro más a ningún lado. Para mis compañeros de viaje fue el Caleuche; para mí, algo verdaderamente extraño.

Posteriormente me trasladé a trabajar a la isla de Alao, en la Escuela N^o 50, y después de un año pedí

mi traslado a Santiago a fin de perfeccionarme en materia literaria. No se me concedió; en cambio me nombraron a la provincia de Arauco, a la Escuela N° 1 de Cañete. Aquí conocí a Virgilio Morales Vivanco, un abogado estudioso de los mapuches, que sabía mucho de su historia y sus costumbres. Conocí también al poeta Pedro Morales Villagrán y junto con ellos formamos el Grupo Literario "Alonso de Ercilla y Zúñiga". El resto lo completaban algunos profesores. Hicimos alguna labor de difusión cultural. Trabajé como corresponsal del diario "La Patria", de Concepción, cuyo director era el poeta Caupolicán Montaldo, el que me ofreció todo su apoyo. En el suplemento dominical del diario siempre había un cuento mío. Montaldo fue varias veces a verme a Cañete; era un hombre cordial, muy humano, un poeta por los cuatro costados.

Conocí a los mapuches, conviví con ellos, asistí a sus Guillatunes y Machitunes y a otras ceremonias religiosas; compartí su mesa en varias oportunidades, viajé con ellos por tierra de cerros, por esos campos de cultivo donde se yerguen sumergidos en las nubes, el pehuén, el coigüe y el laurel que quiebran las alas de los vientos. Asistí además a los ritos sociales en torno al canelo y al roble, ambos árboles sagrados de los araucanos: el canelo en las ceremonias religiosas, y el roble para invocar a su Dios Ngenechén.

Desde la cordillera de Nahuelbuta miraba el mar de frente como un cintillo argentino tendido de norte a sur, y flotando sobre su bruma, "Imucho" (Isla Mocha), la tierra del más allá, donde el espíritu de los aucas sueñan la aurora de los suyos. Los notros, los pelúes, supieron tocar alma y corazón haciendo más bella la fronda verde y las rojas llamas de los copihues. Allí comprendí toda su poesía, las leyendas

y tradiciones de la cultura del pueblo mapuche, de aquellos toquis y héroes que en sucesivas luchas contra los incas y los españoles perdieron la vida por defender su soberanía, su libertad, su modo de vivir y sus mujeres.

De todo esto nació "Leyendas Mapuches", que años después publicara en una autoedición.

Desde Cañete fui trasladado a la Escuela N° 19 de Requínoa, localidad en que permanecí alrededor de dos años.

En Rancagua, ciudad a la que fui trasladado posteriormente, mis actividades profesionales las he desempeñado en las escuelas N°s. 31, 41 y 80. También fundé un periódico que años después dejó de publicarse.

Ya más cerca de Santiago tomé contacto con mi ex profesor y amigo Oreste Plath; y como fruto de conversaciones y consejos suyos, nació mi primer libro sobre Chiloé: "Chilhué, Tierra de Gaviotas", publicado en 1970, con un prólogo que escribiera también Oreste. En esta obra de mitos y leyendas doy a conocer mucho de lo desconocido por los investigadores. Ese fue su objeto; creo que al escribir una obra de esta naturaleza no se trata de repetir cosas, sino de aportar algo nuevo, que es lo que hago en todas mis publicaciones.

Al año siguiente apareció "Camarico, morada del Diablo", leyendas de la provincia de O'Higgins, también autoeditado, cuyas impresiones pagaba con mi sueldo de profesor primario. Su tiraje fue de 1.000 ejemplares, con la suerte que casi el 50% se vendió en Rancagua, el resto en Santiago y también a través

del país por medio de librereros amigos. Para escribir "Camarico, morada del Diablo" demoré dos años en investigar el folklore literario de la provincia de O'Higin, caminando de pueblo en pueblo y recogiendo de sus pobladores más viejos sus leyendas y expresiones auténticas de la zona. La crítica comentó elogiosamente este rescate, y lo más importante es que las cuento tal como las recogí, sin agregarle rasgos personales literarios.

Al año siguiente apareció "Los Guaitequeros", libro de estampas en que se narra la vida de los hombres que trabajan en las Guaitecas, al sur de Chiloé, separadas del golfo de Corcovado. Aquí están los cholgueros, pescadores, loberos, curanteros, cazadores de pieles, cipreceros, lucheros, marisqueros y otros.

En el año 1972 viajé a Isla de Pascua para investigar en el mismo escenario histórico todos sus restos actuales. Conversé con sus gentes, con arqueólogos, consulté libros, comparé. Quería elaborar una teoría fundada en vivencias sobre el pascuense y su terruño, sobre la voz de sus tradiciones, mitos y leyendas. Ese enigma lo hallé latente en forma integral en el paisaje isleño y en los vestigios culturales de su gente. Comprobé que venía vigorizándose al paso de las generaciones, es decir, silenciándose, ocultando la verdad en sus orígenes. De todo ello nació mi libro "Gigantes del Silencio", que tuvo buena acogida entre el estudiantado del país.

Pocos pueblos tienen leyendas tan propias como la Isla de Pascua: son relatos desvinculados de los demás pueblos. Las leyendas nacieron, crecieron y florecieron en medio de los elementos naturales, llámense piedras, pájaros, peces, en un clima casi tropical. La mayoría de ellas son de ambiente náutico y tratan de explicar el origen de su pueblo.

Mi trabajo sobre seres sobrenaturales me proyectó hacia otra dimensión: la ciencia-ficción. El año pasado (1976) publiqué "El Embajador del Cosmos", el cual fue bien recibido por la crítica tanto en Chile como en el extranjero, especialmente en España. Es la vida de un campesino que llega a ser una especie de rey del cosmos; con cierta gracia y picardía, tolerante, tiene paciencia suficiente como para sentirse admirado de sus propias hazañas. En el fondo trasunta la soledad del hombre.

Además, escribí un libro de cuentos fantásticos para niños, que lleva un prólogo de Alfonso Calderón y no ha sido publicado aún. Sobre este mismo tema escribí "Chiloé, ¿base extraterrestre?", cuyo original está en una editorial europea.

Ocurre que al cabo de mis investigaciones a través de los últimos quince años he podido comprobar que estamos frente a una especie de "Triángulo Chilote", similar o superior al de las Bermudas, en hechos tangibles.

En el extremo sur, desde el canal de Chacao hasta el Cabo de Hornos, las sensaciones de levitación experimentadas por la gente revelan la existencia de una menor fuerza de gravedad terrestre, en circunstancias que debería ser mayor por estar más cerca del Polo Axial de la tierra. Por otra parte el mar de esta zona es el más peligroso del mundo.

Los aviones que van desde Puerto Montt hasta Punta Arenas rara vez siguen una ruta lógica. Generalmente siete de cada diez vuelos deben desviarse, atravesando parte de la Argentina, se internan en el Atlántico y luego toman rumbo hacia el extremo sur, entrando por el Estrecho de Magallanes hasta llegar

a su destino. En esta zona se producen o existen grandes y peligrosos vacíos del orden de los mil metros de espesor vertical. Muchas naves aéreas se han perdido sin dejar rastro alguno. Más al sur, especialmente en la zona del Golfo de Corcovado, Golfo de Penas, Canal de Moraleda, mar de Drake y Cabo de Hornos, existen verdaderos cementerios de barcos hundidos por las grandes tormentas marinas producidas en esa zona o por otros fenómenos desconocidos. Hay trombas que han sepultado embarcaciones sin saberse nunca más de ellas. Testimonios, crónicas y relatos establecen la presencia de barcos sin seres vivientes a bordo y otros misterios. En estos mares, experimentados marinos han visto bolas luminosas que corren a velocidades fantásticas bajo el agua o sobre el mar tomando diversas formas, para desvanecerse inexplicablemente.

También el año pasado Editorial Nascimento publicó mi libro "Cuentos Folklóricos de Chiloé", que tuvo un singular éxito editorial contando con el respaldo unánime de la crítica nacional. Estos "Cuentos Folklóricos" han sido muy bien recibidos por mis coterráneos chilotes.

Sigo trabajando diariamente, porque considero que es la única manera de hacer cosas. Leo, escribo y corrijo. Lo que busco y me interesa es lo que pueda aportar en cada una de mis obras, y cada vez encuentro que "No Tengo Tiempo", al decir de Scarpa. Para un escritor, el tiempo es fundamental.

"Usos y costumbres de Chiloé", que lleva un prólogo de Roque Esteban Scarpa, saldrá a fines del presente año de las prensas de Nascimento. Este libro obtuvo el primer premio de la Embajada de España en el concurso nacional: "Isla de Chiloé", con motivo del sesquicentenario de la incorporación del archipié-

lago a la República de Chile y en recuerdo de esa epopeya de conjuntas valentías y hazañas. También he obtenido premios en concursos de cuentos a nivel nacional y regional, pero considero que ello no tiene mayor importancia. Además he ofrecido charlas en diversos lugares del país.

Algunos de mis libros han sido declarados textos complementarios al servicio de la educación.

Jamás hago un trabajo para un concurso determinado, salvo si para alguna de estas ocasiones tengo ya uno listo.

Pertenezco al grupo literario "Rancagua", a la Agrupación Amigos del Libro, y a la Sociedad de Escritores de Chile. También me cuento entre los socios del Club de Ciencia-Ficción de Chile, fundado por Andrés Rojas Murphy.

Estas organizaciones han significado para mí un constante estímulo a mi creación literaria y a mis investigaciones folklóricas. Las críticas constructivas, las sugerencias oportunas y la convivencia con otros escritores de todo el país han enriquecido mi espíritu y me han alentado en todo momento a seguir por este largo camino de la literatura, tan sembrado de espinas y de flores y que anhelo no terminar nunca, e incluso seguir transitando por él más allá de mi muerte.

Por eso si alguien en el otro mundo me preguntara:

—“¿Quién eres?” —yo le respondería con el alma hecha palabras y sentimientos:

—“Soy Antonio Cárdenas Tabies, Chilote y Escritor.”

La Agrupación Amigos del Libro y el Museo Benjamín Vicuña Mackenna presentan a un escritor de Chiloé, cumpliendo con su programa de invitar a escritores de las distintas regiones del país, a los ¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?, que tienen por fin la autopresentación de un escritor.

El deseo es que el público, en 60 minutos, conozca la vida y obra de un escritor nacional. Es el autor frente al lector espontáneo, al lector crítico y luego este autorretrato o biografía es editado.

Antonio Cárdenas Tabies viene de Chiloé para contarnos que cuando más aislado se halla un tipo de arte de las principales fuentes del resto del conglomerado del país, mayor es su tendencia a permanecer estable. El arte de esta vasta área es tan homogéneo, que se observa como producto de una tradición de cultura individual. Se ven muy de cerca los espíritus prevalecientes.

Trabajan la madera en ricas y vigorosas expresiones monóxilas, es decir excavadas: bongos, chungas, morteros; crean medios de transporte como esas carretas-trineos, carretas-canoas; de variadas fibras hacen una cestería de diferentes calidades, formas y usos que llegan a lazos y redes; tallan la piedra cancahua y

realizan piezas de gran sentido; de escamas de pescados, de valvas de mariscos, de colmillos de lobos marinos hacen trabajos de gran belleza.

En el mapa de los mitos y las leyendas están las lagunas con barqueros mortuorios o con encantamientos; las cuevas para aquelarres; mujeres que conversan suspendidas en el aire y hombres desposados con sirenas.

Hay una flora, como ese árbol, que al hacharlo sangra, o como el Cusme, una planta responsable de los "males" y por esto es azotada y castigada frente al enfermo. En el momento del tratamiento, la rama es colgada de un extremo en medio del bosque, se le extrae la savia, que se le da a beber al enfermo. Luego el Cusme, convertido en una rama sin vida, es arrastrada por los caminos y, por último, lanzada al fondo del mar, atada a grandes piedras.

En las islas y villas suceden o pueden suceder cosas mágicas y terribles. Existe una fauna fantástica como el Piguchen, el Gallo Culebrón, el Basilisco; una zoología agorera como la Bauda, el Raiquén y el Chihued; personajes antropomórficos como la Fiura, el Invunche, la Voladora, el Trauco y el Millalobo.

Y la riqueza alimentaria sale de hoyos y no de ollas, como emerge del curanto.

Este es el folklore chilense y todo ello corta el aliento: belleza, emoción, sentido.

Pues bien, esto es lo que está publicando con pericia Antonio Cárdenas. El haber nacido en la cultura chilense le permite contar lo vivido y oído, las funciones mágicas, los fenómenos que establecen la creencia, la duda o el misterio. El ambiente natural contra el ambiente social, cultural.

Antonio Cárdenas, cuando niño, fue rezador en los velorios, cuidador de jovencitas, las acompañaba —pagado por sus madres— a las iglesias, a los almacenes;

trabajó en las mingas, fue boyero, valijero y buscador de tesoros.

Hoy, práctico agrícola, profesor, periodista y folclorólogo, vuelca en sus libros creencias, hábitos y costumbres de un pueblo en el que prima el aislamiento como factor en el conservatismo.

Los testimonios etnológicos y antropológicos de que dispone y expone, se lo agradecerán sus lectores y en especial los dedicados al estudio del folklore.

Oreste Plath.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

